

B) Conclusiones TALLER 3

MEMORIA HISTÓRICA O TIRANÍA DE LA PENITENCIA

Domingo González Hernández

Profesor de la Universidad de Murcia.

Juan Ignacio Grande Aranda

Secretario General Instituto CEU Humanidades Ángel Ayala.

Raymond Aron había observado que *“un régimen nuevo siempre está impaciente por reforzar su autoridad destruyendo los fundamentos del régimen antiguo”*.

Con la memoria histórica las sociedades occidentales se han instalado en la mórbida pasión de la conmemoración negativa. Es casi un ritual: se exhuma del pasado a figuras ilustres u olvidadas para someterlas a un proceso implacable: no anticiparían la sociedad presente, no se les supondría afectos a los valores que adoramos. Ya no queremos tolerar en nuestro imaginario colectivo a los hombres que, en el pasado, de una forma o de otra, contradicen el presente y dejan creer que la humanidad ha podido vivir de otro modo, venerando a otros dioses o valores. El nuevo régimen de la diversidad no celebrará más que aquellos que lo anunciaron y oscurecerá a aquellos que no entran naturalmente en su panteón ideológico.

La singularidad de la memoria histórica contemporánea consiste en ser una memoria del desarraigo, del desprendimiento: no pretende establecer un lazo con el pasado sino justamente desligarnos de él. En los años 80 Pascal Bruckner ya había protagonizado una crítica severa al denunciar el *“auto-canibalismo”* y la *“cultura de la excusa”*; el *“sistematismo de la expiación”*, la *“avalancha penitencial”*.

Por la Memoria Histórica somos educados en la pedagogía del auto-reproche. En historia, lo políticamente correcto se traduce en tres síntomas principales: el anacronismo, el maniqueísmo y el espíritu reduccionista. El anacronismo: juzgar el pasado con los criterios políticos, morales, mentales y culturales de hoy. El maniqueísmo: la historia concebida como una lucha entre el bien y el mal, pero un bien y un mal definidos según las normas actualmente dominantes. El espíritu reduccionista, que borra la complejidad del pasado en aras de uno o dos factores explicativos únicos que, al ocupar todo el campo del conocimiento, falsean la interpretación de la realidad. El aprendizaje de la culpabilidad se convierte en el modo preferente, para las sociedades contemporáneas, de honrar su fidelidad a los nuevos ideales de la diversidad impuestos por el totalitarismo blando de la corrección política. Aunque ciertamente existe una crítica de esta tendencia, sigue siendo minoritaria y se inscribe a contracorriente del discurso hegemónico sobre la memoria colectiva de las sociedades occidentales.

Esta manía penitencial se asimila a un arrepentimiento de la conciencia moderna sobre sí misma que se vincula a los otros humanismos (el migratorio, el fundamentalista o el feminista), que se federan en el humanismo de la diversidad.

Se suele decir que el arrepentimiento se inscribe en el proceso natural del despliegue de la identidad moderna, que pasó de la alteridad sustancial premoderna a la igualdad indiferenciadora moderna y que se abriría hoy a la igualdad diferenciada, ligada a un regreso de la modernidad sobre los procesos de exclusión que habría legitimado en el pasado. En otras palabras, la historia de la identidad exigiría hoy una *"apertura al otro"*, el Gran Otro (*"Big Other"*). Del universalismo de lo mismo pasaríamos al universalismo plural. En este sentido, el aprendizaje de la culpabilidad sería una manera para las sociedades modernas de honrar su fidelidad a esos ideales. Sin embargo, un giro tan completo de nuestra relación con el pasado no podría explicarse por sí solo ni por un proceso cultural espontáneo. El pasado, como sabemos, no aparece sin mediación en la conciencia de los hombres: es objeto de interpretaciones múltiples y concurrentes. Es una apuesta política, quizá la primera. *"Quien controla el pasado controla el futuro"*, escribía Orwell. Y quien controla el presente controla el pasado. No se debe olvidar que el relato histórico es indispensable para la construcción de la legitimidad política. Para sus promotores, la mala conciencia histórica tendría la virtud de ser una pedagogía necesaria para debilitar el sistema inmunitario de las sociedades occidentales y conducir las a consentir su transformación radical. Pues cuanto más hereda el presente un pasado culpable, más debe ser transformado. El pasado reinterpretado se ha convertido en un recurso político e ideológico en la lucha en favor del régimen de la diversidad. Los considerados conflictos de memoria no hacen sino traducir en el plano ideológico el hecho de que hay grupos sociales que militan en el escenario de la opinión pública para hacerse un sitio. Así hablamos de una historiografía victimaria.

La Memoria Histórica tiene, realidad, tan poco de histórica como la corrección política de política. Con la Caída del Muro de Berlín la geografía sustituyó a la historia en la conciencia colectiva, el espacio al tiempo. Pero sabemos que allí donde no hay historia hay mito. La Memoria Histórica es una memoria mitológica construida por la ideología victimocrática. Con ella la memoria se convierte en un campo de batalla en el que los dominados y olvidados de ayer toman hoy su revancha a través de sus autodenominados representantes patentados. Pero el historiador no debería aceptar dogmas ni tabús pues la historia no es una religión.

Para la Memoria Histórica la historia ya no sería válida sino como pedagogía para un porvenir utópico. A partir de un presentismo intransigente se impone la criminalización de las formas sociales y culturales tradicionales, así como la deconstrucción de los relatos

históricos que han sostenido la legitimidad política de las naciones. Las relaciones sociales serían siempre relaciones de dominación, exclusión y discriminación y el papel del historiador debería consistir en desvelar y explicitar las estructuras discriminatorias, las prácticas de exclusión para desvelarlas públicamente construyendo un programa de reparación social. Esta empresa de excavación sería un gesto fundamentalmente democrático y se acompaña del desarrollo de una sociología victimaria a gran escala que pretende deconstruir los fundamentos de la nación occidental. No tendríamos que recogerlos delante de la tumba del soldado desconocido sino más bien delante de la del esclavo desconocido. La historiografía penitencial liquida lo que podría quedar de legitimidad histórica a la comunidad política.

Reconstruir la conciencia histórica para abrirse al otro supone, para la Memoria Histórica, descentrar el relato histórico del grupo mayoritario de la nación y cuestionar la legitimidad de su soberanía. Se busca así transformar sustancialmente la identidad colectiva para hacer nacer un nuevo pueblo que haya interiorizado plenamente el ideal de la diversidad. La grandeza de una nación ya no se mediría en la magnificación de su historia sino más bien en su capacidad de reconocer sus crímenes y faltas. En otras palabras, la nueva historia viene para fundar el derecho de las víctimas. Sólo desde este punto de vista, de hecho, se puede comprender la importancia del paradigma antidiscriminatorio en historia, centrado en la raza y el género. Ya existió un precedente en la historia social, primera grieta en la despolitización de la historia. Al desplazar las líneas de lo público y de lo privado, ciertos grupos fragmentarios y privatizados por el individualismo liberal adquirirían una existencia colectiva y podrían así politizar sus reivindicaciones. Así se vería la historia desde el punto de vista de quienes la sufren, una postura que ya era la del marxismo y que es hoy la del multiculturalismo.

Para la Memoria Histórica estudiar la historia se convierte en el aprendizaje del rechazo de la transmisión. Como ya no habitamos la historia, cualquier pasado nos resulta extranjero. Cada nación tendría su pecado original y debería encontrar la manera de traducir su historia en el lenguaje de la culpabilidad occidental. Arrogante y desdeñosa, incapaz de reconocer los defectos del mundo post-nacional y post-cultural que está construyendo, el relato subyacente de la Memoria Histórica se cifra en un silogismo perverso: como el mundo de ayer culminó con el nazismo, defender ese mundo implicaría convertirse en un colaborador consciente o inconsciente del segundo y, con él, del genocidio.

La tiranía de la penitencia y el fundamentalismo etnomasoquista asociados a la Memoria Histórica pretenden convencernos de que nuestra historia no contiene nada de bueno o valioso. Estas actitudes solo conducen, o bien a sueños utópicos de un nuevo comienzo, o bien a la incapacidad de resistir a esos sueños utópicos: en otras palabras, al fanatismo o a la apatía.

Sabemos bien que cuando una nación o una civilización toman mala conciencia, están listas para derrumbarse. Enterradas antes de tiempo por la flagelación colectiva impuesta por la Memoria Histórica, las naciones de nuestra común e irremplazable civilización occidental y cristiana no han dicho, sin embargo, su última palabra en la historia.